



Teoría e historia. La ciencia económica en la obra de Ortega y Gasset

Ernesto Clar Moliner

Área de Historia e Instituciones Económicas del Departamento de Economía Aplicada de la Universidad de Zaragoza. Universidad de Zaragoza  

<https://dx.doi.org/10.5209/ijhe.103239>

Recibido: 08/06/2025 • Revisado: 14/11/25 • Aceptado: 11/01/26

ES Resumen. José Ortega y Gasset, el principal filósofo español del siglo XX, abordó puntualmente en su obra el estado y la evolución de la economía desde el siglo XIX. Crítico con el enfoque abstracto y positivista asumido por la disciplina, rechazó la influencia excesiva de las ciencias naturales sobre las humanidades, ignorando la libertad y la complejidad del ser humano. Opuesto al mecanicismo implícito tanto en el utilitarismo milliano como en el economicismo marxista, propuso una economía entendida como ciencia histórica y vinculada a la cultura, pero sin olvidar su pretensión normativa. Entroncando con sus posiciones filosóficas, es posible insertar sus reflexiones dentro del debate entre teoría e historia que se sucedió desde el inicio de la “disputa del método” (*Methodenstreit*). Crítico también con el “homo economicus” y con el “economismo” reduccionista, pensó en una economía centrada en la escasez, lo superfluo y la vida, en diálogo con la filosofía y las humanidades.

Palabras clave. Ortega y Gasset, historicismo, utilitarismo, economicismo, homo economicus.

Códigos JEL: B12, B14, B15.

EN Theory and History: Economic Science in the Work of Ortega y Gasset

EN Abstract. José Ortega y Gasset, the most prominent Spanish philosopher of the 20th century, addressed the situation and evolution of economics since the 19th century in various passages of his work. Critical of the abstract and positivist approach adopted by the discipline, he rejected the excessive influence of the natural sciences on the humanities, which he believed ignored human freedom and complexity. Opposed to the mechanistic assumptions present in both Millian utilitarianism and Marxist economism, he proposed an understanding of economics as a historical science linked to culture, yet still retaining its normative aspirations. Rooted in his philosophical stance, his reflections can be placed within the debate between theory and history that unfolded since the beginning of the so-called *Methodenstreit*. Critical as well of the concept of *homo economicus* and of reductionist *economism*, he envisioned economics as focused on scarcity, the superfluous and life, in dialogue with philosophy and the humanities.

Keywords. Ortega y Gasset, historicism, utilitarianism, economism, homo economicus.

JEL Codes: B12, B14, B15.

PT Teoria e História. A ciência econômica na obra de Ortega y Gasset

PT Resumo. José Ortega y Gasset, o filósofo espanhol mais proeminente do século XX, abordou a situação e a evolução da economia desde o século XIX em vários trechos de sua obra. Crítico da abordagem abstrata e positivista adotada pela disciplina, rejeitou a influência excessiva das ciências naturais sobre as humanidades, que, segundo ele, ignorava a liberdade e a complexidade humanas. Opuesto às suposições mecanicistas presentes tanto no utilitarismo milliano quanto no economicismo marxista, propôs uma compreensão da economia como ciência histórica vinculada à cultura, mantendo, contudo, suas aspirações normativas. Enraizadas em sua postura filosófica, suas reflexões podem ser situadas dentro do debate entre teoria e história que se desenvolveu desde o início do chamado *Methodenstreit*. Crítico também do conceito de *homo economicus* e do economicismo reducionista, concebeu a economia como voltada para a escassez, o supérfluo e a vida, em diálogo com a filosofia e as humanidades.

Palavras-chave. Ortega y Gasset, historicismo, utilitarismo, economicismo, homo economicus.

JEL classificação: B12, B14, B15.

Sumario: 1. Introducción. 2- La ciencia económica en la obra de Ortega. 3. Marco conceptual: lo superfluo y lo necesario. 3.1. La crítica al utilitarismo. 3.2. El economicismo marxista y la interpretación económica de la historia. 4. La propuesta económica de Ortega. 4.1. John Stuart Mill y el método científico en Ortega. 4.2. Aproximaciones orteguianas a la Escuela Histórica Alemana. 4.3. Flores de Lemus y Max Weber. 5. Conclusiones. 6. Referencias.

Cómo citar: Clar Moliner, E., (2026): Teoría e historia. La ciencia económica en la obra de Ortega y Gasset. *Iberian Journal of the History of Economic Thought*, 13(1), 1-14. <https://dx.doi.org/10.5209/ijhe.103239>.

1. Introducción

La década de 1870 marca un punto de inflexión determinante en la dinámica de la ciencia económica. La llamada “revolución marginalista” supuso un cambio de trayectoria tan apreciable que transformó la economía política en análisis económico, economía científica o, sencillamente, economía. Economistas clásicos como Smith o John Stuart Mill entendieron la indagación sobre los asuntos económicos desde una perspectiva holística e interdisciplinar en el que las ciencias habían de convivir con la política o la filosofía moral. Apreciaban la complejidad de los fenómenos a estudio, y como tal eludieron las voces de sirena que proponían ya en su época recurrir a las matemáticas para encontrar las respuestas precisas. Pero en el último cuarto del siglo XIX, la creciente compartimentación de las disciplinas llevó cada vez más a los economistas a buscar la diferenciación de su materia de la de otras ciencias sociales, siendo los caminos escogidos la teorización a partir de hipótesis restrictivas y el empleo de las matemáticas. A su vez, esta nueva orientación del quehacer económico halló caminos alternativos en corrientes tales como el institucionalismo o el historicismo. Sea como fuere, el desarrollo acelerado del capitalismo industrial con sus desafíos constantes, los avances científicos y la propia supervivencia de la disciplina como un sistema de conocimiento cada vez más independiente, coincidieron en el último cuarto del siglo XIX y primer tercio del XX, propiciando una separación creciente entre el pensamiento económico y la filosofía, cuya influencia siempre había estado presente de una u otra manera en el quehacer de los pensadores económicos.

La producción intelectual del principal filósofo español de la primera mitad del siglo XX, José Ortega y Gasset tuvo lugar justo durante ese proceso de evolución de la disciplina económica. Pese a la parquedad de sus consideraciones sobre la ciencia económica, ciertos comentarios en distintos momentos de su obra permiten reconstruir el posicionamiento del filósofo madrileño respecto de la evolución de la economía desde el último cuarto del siglo XIX. Este trabajo se propone ofrecer una perspectiva del pensamiento de Ortega y Gasset sobre la ciencia económica, entroncándolo con aspectos de su filosofía. Dada su trascendencia en el campo del pensamiento español, europeo e iberoamericano del siglo XX, se trata de llenar un cierto vacío u

olvido acerca de sus reflexiones sobre la situación del pensamiento económico en su época¹.

El siguiente apartado se refiere a la relación de Ortega con el pensamiento económico en términos generales. El tercer epígrafe establece el marco conceptual desde el que entender la idea orteguiana de la economía. Dentro de este epígrafe se analiza más detenidamente la percepción de Ortega respecto del utilitarismo, así como la concepción economicista de Karl Marx y su interpretación de la historia. El cuarto epígrafe versa sobre la propuesta orteguiana respecto de la ciencia económica, tratando de encuadrar sus ideas dentro de una escuela concreta de pensamiento económico. El trabajo acaba con unas conclusiones.

2. La ciencia económica en la obra de Ortega

A lo largo de su extensa producción intelectual, Ortega y Gasset abordó en contadas ocasiones las cuestiones relacionadas con la ciencia y el pensamiento económico. Según confesión temprana, esta dinámica respondería a una insuficiencia de base, por cuanto se consideraba muy desprovisto de la ciencia económica². Después, y en anotaciones muy ocasionales, vuelve a hacer hincapié en su desconocimiento de la materia económica³. Sin embargo, también es posible hallar en sus escritos referencias que matizarían ese supuesto desconocimiento. Sin ir más lejos, en una emisión radiofónica que hiciera en Buenos Aires en 1939, al mencionar el doble sentido que puede tener una palabra, uno bueno y otro malo, alude a la ley de Gresham según la cual “la moneda mala hace desaparecer la buena, retira a esta de la circulación concentrándola bajo

¹ El premiado ensayo de Antonio Elorza (1984) introduce comentarios de carácter económico sobre la obra orteguiana. Sin embargo, como reza su propio subtítulo, se trata de una lectura política de dicha obra. Por su parte, la aproximación más decididamente económica a los escritos de Ortega, el artículo de Manuel Pulido Mendoza (2016) se centra en el debate sobre el liberalismo de Ortega, y hace un repaso cronológico de la evolución de su pensamiento, en estrecha conexión con la situación económica de España.

² *Miscelánea socialista*, II, 1912. Obras Completas. X: 202.

³ Por ejemplo, en uno de sus textos políticos más afamados, *El error Berenguer* (1930), donde hablando del intento del ministro de Economía Julio Wais por frenar la devaluación continua de la peseta, declara: “entendiendo muy poco de materias económicas”. OC. XI: 275.

tierra en los tesoros ocultos.”⁴ El conocimiento de una ley tan específica demuestra un interés por los conceptos económicos que, el propio Ortega, deja entrever en alguno otro de sus textos. Por ejemplo, hablando de la vertebración de España mediante infraestructuras (“la red de los caminitos es el sistema venoso de la nación”) reconoce que “se ha dicho muchas veces en los Tratados de economía política.”⁵ Bien es cierto que su concepción de la economía política es más práctica que teórica, tal y como la define en 1946: “el certero negociar y los trajines de administrar la riqueza pública”⁶

En cualquier caso, las alusiones orteguianas a la ciencia económica o a la economía política en el conjunto de su obra son muy contadas. Tomando como ejemplo la economía clásica, algunos de los máximos representantes de dicha “escuela”, tales como David Ricardo o Jean Baptiste Say, no aparecen citados en ninguna ocasión, mientras que otros como Thomas Robert Malthus sólo se citan una vez, y de manera anecdótica⁷. John Stuart Mill, en cambio, tiene una presencia superior a las treinta referencias, si bien la inmensa mayoría de ellas no versan sobre el pensamiento económico del autor de *On liberty*, sino sobre su visión de las ciencias. Respecto del mayor de todos, Adam Smith, sólo aparece citado cinco veces en toda la obra orteguiana. Otras escuelas de pensamiento económico como la neoclásica tienen todavía menos fortuna, y sus miembros principales no aparecen citados ni una sola vez. Con diferencia, es Karl Marx el pensador económico más citado por Ortega, aunque un buen número de esas citas no versan sobre la economía propiamente dicha. Por último, y en lo que hace referencia a los grandes economistas del siglo XX, sólo aparece mencionado John Maynard Keynes cuatro veces en dos textos diferentes, a propósito de una conferencia que el británico diera en Madrid en 1930, y a la que asistió el filósofo.

Tampoco la economía como materia científica tiene un tratamiento reseñable en su obra. La referencia más extensa a la ciencia económica corresponde al segundo apartado de su texto *Misión de la Universidad* de 1930. En una breve nota a pie de página, donde el filósofo vuelve a revelar un interés y conocimiento de la evolución del pensamiento económico contemporáneo, cita al economista sueco Gustav Cassel, atribuyéndole haber reconfigurado la ciencia económica en torno al concepto de escasez, a lo que añade: “En parte, significa un retorno a ciertas posiciones de la Economía clásica frente a la de los últimos sesenta años.”⁸ Dejando pocas du-

das al respecto, diserta acerca del efecto de la Gran Guerra sobre la ciencia económica al devolver a la misma el principio (que él considera) básico de toda actividad económica: la escasez. Elemento del que nunca debió apartarse, constituyendo un “razonamiento tan perogrullesco que da vergüenza enunciarlo”: que la actividad económica humana parte del principio de la escasez. Para seguidamente rescatar la idea clásica de que dicha actividad se produce a consecuencia de que “muchas de las cosas que desea y necesita no se dan con absoluta abundancia.” Y es justo partiendo de esa premisa, dice Ortega, desde la que la Economía política “renace de sus cenizas” en los años 30.⁹

Aunque el pensador madrileño no realiza un desarrollo más elaborado de la idea, es sencillo intuir en su razonamiento una oposición entre escasez/economía clásica y abundancia/economía posterior a 1870. La primera parte de esta oposición resulta clara de su argumentación en el citado texto de 1930. La segunda se puede rastrear en diferentes lugares a lo largo de la producción orteguiana, sin ir más lejos en su obra más famosa, *La rebelión de las masas* (1930). La idea central es que el siglo XIX engendra una “omnímoda facilidad material”, una abundancia que permite al “hombre medio resolver con tanta holgura su problema económico”¹⁰. Que el progreso material y la ciencia económica tienen una relación estrecha aparece pronto en la obra de Ortega. Ya en 1908, comparando Europa con España, dice de la primera que “es el ferrocarril y la buena policía, (...) la parte del mundo donde hay mejores hoteles; (...) el Estado que goza de empleados más leales y expertos; (...) el conjunto de pueblos que exportan más e importan menos.” Y todo eso (“ferrocarriles, policía, hoteles, comercios, industria”) que solemos conocer como “civilización, mejoramiento físico de la vida” han sido invenciones, porque —y aquí viene lo interesante— “del cielo no caen las máquinas de vapor ni la economía política...” Es evidente, por tanto, que en la mente de Ortega el gran crecimiento económico europeo del XIX y el surgimiento de la Economía política estuvieron, temporal y espacialmente, relacionados¹¹.

En este contexto de nueva abundancia surge un “hombre nuevo” que cuenta con poderosos medios para satisfacer sus apetitos, entre ellos los “económicos”. Y como parece deducirse de las palabras de Ortega, este nuevo hombre que atiende a la abundancia y no a la escasez, tiene su correlato en la visión generalizada de que 1870 (recordemos que Ortega escribe en 1930 sobre “los últimos sesenta años” de la ciencia económica) marca una variación sustancial en la forma de entender la economía, en especial con la aparición en distintos puntos de Europa de la corriente marginalista. En palabras de Sylvia Nasar, si antes de esa fecha la economía ver-

⁴ Meditación de la criolla, II, en Meditación del pueblo joven, 1939. OC. VIII: 416.

⁵ En el viaje. Notas de vago estío, 1926. OC. II: 413.

⁶ Prólogo a la Introducción a las ciencias del espíritu por Wilhem Dilthey, 1956. OC. VII: 63.

⁷ Ortega une a Malthus y Darwin como pensadores sobre la biología cuyas doctrinas fueron traspuestas por Spencer a la sociología y a la moral. No cita al clérigo inglés en cambio cuando habla de la sobrepoblación, asunto del que declara (una vez más) que le “faltan conocimientos económicos para poder opinar sobre él”. Ética y metafísica de la guerra, 1917. OC. II: 214n.

⁸ De manera bastante paradójica Cassel fue uno de los economistas que hizo progresar más la disciplina por la vía científica iniciada en la segunda mitad del siglo XIX al reducir el complejo sistema de ecuaciones walrasiano, permitiendo su solución matemática.

⁹ Principio de la economía en la enseñanza, Misión de la Universidad, 1930. OC. IV: 329. Recordemos que la definición clásica de economía como el empleo de medios escasos con usos alternativos de Lionel Robbins data de 1932.

¹⁰ Al respecto, Javier Casares (1995) encuentra en *La rebelión de las masas* un anuncio de la sociedad de consumo masivo que se extenderá por Occidente en la segunda mitad del siglo XX.

¹¹ Asamblea para el progreso de las ciencias, 1908. OC. I: 100.

saba principalmente sobre lo que no se podía hacer, después de 1870 la economía se centró en lo que se podía hacer, afianzando la idea del progreso material de la humanidad¹².

Este aspecto del cambio en la senda emprendida por la economía puede explicar la escasa atención que mereció la ciencia económica en la producción filosófica orteguiana. La situación de la ciencia económica durante todo el primer tercio del siglo XX produce cierto desencanto en Ortega. Ya hemos mencionado su diagnóstico en 1930 según el cual la “Economía política salió de la guerra tan destrozada como la economía misma de las naciones beligerantes.¹³” Bien es cierto que podríamos entender, desde su visión ya mencionada anteriormente, que se está refiriendo más bien a la manera de manejar el gobierno económico de las naciones, y no tanto a los pensadores económicos. Sin embargo, en la Gran Depresión de los años treinta, sus referencias son más inequívocas. En 1935, en un contexto de fuerte descrédito de los economistas para hacer frente a la gran crisis económica desatada en 1929, el filósofo habla de “la insuficiencia de la economía, que parecía la más adelantada entre las ciencias sociales”. Crisis de la disciplina que, en su opinión, hubiera bastado para “revisar a fondo el *corpus* de las ideas económicas”, pero que no ha significado más que el “fracaso de la ciencia” y el “desprestigio de los economistas¹⁴”. Más de una década después, describirá la Economía como una doctrina surgida en el siglo XVIII, “sazón de pensamiento abstracto y formalista” cuya “rigidez geométrica ha hecho de ella un petrefacto”, esto es, de una pieza, un fósil¹⁵. Situación para la que propone que la Economía deje de ser una ciencia particular, a través del recurso a su contacto con otras ciencias sociales.

En definitiva, Ortega encuentra debilidades sustanciales en la nueva ciencia económica que pueden explicar el relativo desinterés intelectual que le provocó. Dentro de esas razones se hallan otras de fondo que van apareciendo en sus reflexiones económicas y que responden a su pensamiento filosófico, delimitando un marco conceptual desde el que hay que valorar sus aportaciones.

3. Marco conceptual: lo superfluo y lo necesario

Para entender en toda su magnitud la aproximación que efectúa Ortega al pensamiento económico es preciso partir de su concepto de lo económico, o más en concreto, de la importancia que, desde el siglo XIX adquiere el mismo como elemento explicativo de la vida de las sociedades y de los individuos. Muy relacionado con ello, lo que el filósofo llama “la interpretación utilitaria del fenómeno vital”, y ésta a su vez con los conceptos de lo necesario y lo superfluo. Al respecto, su valoración del pensamien-

to y los pensadores económicos tiene como diana fundamental la preponderancia del utilitarismo, la concepción económica de la historia, y el homo oeconomicus, todas ellas herencias decimonónicas. Y, por ende, una de las batallas intelectuales orteguianas es desactivar al hombre económico, utilitario, predominante en su sociedad, y dar paso a un nuevo tipo de ser humano regido por principios vitales. De tal manera que, si el ser utilitario se atiene a lo necesario, el ser propiamente vital persigue lo superfluo¹⁶.

En un escrito de 1908 ya define claramente “al hombre como el animal para quien es necesario lo superfluo, mientras el último animal económico fue el antropoide, el *Pithecanthropus erectus*”. A su vez, lo superfluo queda vinculado a la cultura como opuesta a la necesidad, “actividad suntuaria” aquella, pero de un tipo de lujo muy concreto, el del “hinchamiento espiritual¹⁷”. Y si bien el concepto orteguiano de cultura varía a lo largo de los años, persiste el sentido de cultura como cultivo personal, de creación de sentido sobre la vida espontánea, buscando el significado ulterior de las cosas, de lo que nos rodea¹⁸.

Más de una década después rescata el concepto del esfuerzo superfluo para contraponerlo al de trabajo. Mientras el segundo es un esfuerzo impuesto por la necesidad, y regulado por la utilidad, lo superfluo resulta espontáneo y desinteresado, extremo que le lleva a afirmar a Ortega que “de esa propensión a gastar esfuerzo en lo superfluo ha nacido cuanto en el mundo hallamos de respetable”, inclusive todo aquello que sirve para hacer más rico al comerciante, que es (a entender del filósofo) “el tipo inferior del hombre”. Y como conexión entre ambos escritos remata que “la cultura no es hija del trabajo, sino del deporte¹⁹”.

Años más tarde abunda en la idea deportiva entroncando con su filosofía vitalista. En *El origen deportivo del Estado* (1930) afirma que la vida plena resulta de un esfuerzo de “dos clases: el esfuerzo que hacemos por la simple delectación de hacerlo” frente al “esfuerzo obligado a que una necesidad impuesta y no inventada o solicitada por nosotros nos apura y arrastra”. Este segundo tipo de esfuerzo tiene su máxima representación en el trabajo, mientras el esfuerzo superfluo lo tiene en el deporte. Pero, y aquí es donde Ortega persigue una trasmutación de los valores habituales, es solo la actividad deportiva la primaria y creadora, mientras la actividad laboriosa no es sino “mera decantación y precipitado” de aquella. Más aún, “vida propiamente hablando es sólo la de cariz deportivo, lo otro es relativamente mecanización y mero funcionamiento.” Tanto en la

¹² *Grand Pursuit: The Story of Economic Genius*, 2011.

¹³ Principio de economía en la enseñanza, op. cit.

¹⁴ Últimas reflexiones, Un rasgo de la vida alemana, 1935. OC. V: 206. Al respecto hay que tener en cuenta que Ortega escribe un año antes de que se publique la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* de John Maynard Keynes que revolucionaría la ciencia económica.

¹⁵ Propósito e invitación, Prospecto del Instituto de Humanidades, 1948. OC. VII: 19.

¹⁶ Esta contraposición tiene también un trasfondo histórico filosófico por cuanto, para Ortega, el utilitarismo sería un producto del positivismo decimonónico, un tratamiento científico de la realidad que, frente a la metafísica, habría impuesto como necesarias actividades humanas que son secundarias o subalternas, tal y como habría demostrado la Biología de inicios del siglo XX (López Frías, 1992: 128).

¹⁷ Sobre el santo, II, en *Personas, obras, cosas*, 1916. OC. I: 435.

¹⁸ Monfort, 2010. En este texto se repasa la evolución del concepto de cultura en Ortega.

¹⁹ Paisaje utilitario, paisaje deportivo, *Ensayos Filosóficos* (Biología y Pedagogía), 1921. OC. II: 299.

vida corporal como en la histórica la energía primaria es “de sentido superfluo y libérrimo”, y consiste en abrirse a numerosas posibilidades para luego seleccionar de entre ellas las que se “solidifican en hábitos utilitarios”. Posibilidades y utilitarismo se oponen, por tanto, en la argumentación del filósofo, de manera que la abundancia de posibilidades responde a una “vida pujante”, mientras el utilitarismo responde a una “vida menguante”. Atenerse a lo estrictamente necesario, fundamento del utilitarismo, supone verse “arrollado” por la necesidad, siendo que “la vida ha triunfado sobre el planeta” justo por lo contrario, por el hecho de desplegar exuberantes posibilidades²⁰.

3.1. La crítica al utilitarismo

Podría decirse, en definitiva, que el principal escollo que encuentra Ortega en el sentido económico engendrado en el siglo XIX es de fondo, ya que confecciona un ser utilitario cuya esencia no es otra que la preocupación por los asuntos económicos: el homo economicus. Citando al filósofo alemán Max Scheler, hace referencia a la interpretación “utilitaria” de la historia propia del liberalismo inglés, como aquella en la que lo económico nutre la sustancia de la vida²¹. De hecho, Ortega advierte en el “afán utilitario” el factor definitorio que hizo en el siglo XIX del hombre moderno un homo economicus²².

En este particular se puede encontrar una conexión entre el discurso orteguiano y el pensamiento económico de John Stuart Mill y Jeremy Bentham: el cálculo de la felicidad como una medición del placer. Ortega cita a Mill junto a Kant (también Hegel y Comte) como representantes de una “química industrial” decimonónica que ha olvidado que la “felicidad es una dimensión de la cultura”. Citando al novelista Stendhal, coincide en que la felicidad es un arte, con diferencias significativas entre civilizaciones y pueblos. Y si bien no caracteriza de manera expresa al homo economicus como un autómatas regido por el *felicific calculus* hedonista, que Ortega rechaza como ética trivial, se advierte la oposición entre el comportamiento mecánico de aquel y el ideal de vida que halla en la cultura²³. Porque en ese mismo pasaje en el que contrapone a Stuart Mill con Stendhal, acaba refiriendo a la seducción que Nietzsche nos procura, cuando “nos invita a una danza en honor de la vida”²⁴. Y en la citada *Misión de la Universidad* es más claro si cabe. Cultura es “el sistema de ideas desde las cuales el tiempo vive”, el repertorio de nuestras convicciones sobre lo que es el mundo y la jerarquía de valores que “tienen las cosas y las acciones”. Y el ser humano no puede eludir ese repertorio, pues es una realidad “constitutiva de toda vida humana”, siendo que “el sentido primario y más verdadero de esta palabra «vida» no es, pues, biológico, sino biográfico”. Dicho lo cual remata el argumento diciendo: “Si estos actos y ocupaciones en que nuestro vivir con-

siste se produjesen en nosotros mecánicamente, no serían vivir, vida humana. El autómatas no vive.”²⁵

La ligazón que establece Ortega entre el utilitarismo y el pensamiento económico decimonónico se evidencia asimismo cuando cifra aquel en la satisfacción de las “exigencias ineludibles... necesidades imperiosas”. Habría que entender las mismas como una consecución de los intereses prácticos de los individuos, que estrechan para Ortega el horizonte vital²⁶. Ahora bien, en esas mismas líneas, una nota al pie aclara cuál considera el fin último del hombre utilitario o economicus, íntimamente relacionado con la naturaleza del sistema capitalista: ganar (sobre todo dinero, si consideramos que entre las tres clases dominantes en el siglo XIX cita primero a los financieros). Ortega va más allá al calificar al utilitarismo como “la moral inglesa” reflejada en una forma de querer “negociante” que hace de cada cosa un medio para lograr otro medio subsiguiente, lo que supone una actitud meramente económica, a la que se opone el “querer ético” que “hace de las cosas fines”²⁷. Toda esta crítica al utilitarismo concuerda con su visión de la utilidad, por la que afirma “no es conveniente un sentimiento de respeto ni complacencia”. Contrapone la acción útil, que produce una satisfacción racional en la medida en que logra un fin, a la acción buena que es objeto de respeto, y por ello, de virtud. En este sentido, las épocas de dominio del utilitarismo se caracterizarían por la “tibieza psíquica” que infunde el valor utilidad.²⁸ Apenas una década antes, el arrinconamiento del viejo puerto de Gijón frente al más moderno de *El Musel* con “sus grúas aparatosas y sus trasatlánticos” le sirve para resaltar la figura del hombre de “vitalidad recogida e íntima” al que no le preocupa la vida utilitaria. Y así sentencia que los “rangos económicos y sociales se fundan en un principio de utilidad” cuando es bien sabido desde antiguo que “a las cosas óptimas del universo les acontece ser inútiles”²⁹.

En conclusión, Ortega se distancia filosóficamente, por un lado, de la entronización decimonónica de lo económico como el sentido principal de la vida humana, y por otro, de la construcción de un nuevo tipo de hombre, el económico, cuyo utilitarismo se refleja en considerar todas las cosas como meros medios, hasta hacer del ser humano un autómatas en pos de sus intereses más perentorios y crematísticos. Bastantes de estos defectos no son exclusivos del pensamiento clásico liberal, sino que son aplicables también al economista más citado por Ortega, Karl Marx.

3.2. El economicismo marxista y la interpretación económica de la historia

La realidad decimonónica, e inclusive, la de siglos precedentes, dice Ortega, pasa por la conversión del hombre moderno en homo economicus, movido por la utilidad, por la obtención de medios útiles. En este contexto no es de extrañar que triunfase en el

²⁰ El origen deportivo del Estado, 1930. OC. II: 610 y ss.

²¹ Max Scheler, un embriagado en esencias (1874-1928), Goethe desde dentro, 1932. OC. II: 198.

²² La interpretación bélica de la historia, 1927. OC. II: 526.

²³ De hecho, menciona en un pasaje de *El Espectador VIII* que Bentham, disgustado con el nombre de utilitarios que se les asignaba, pensó en denominarse “felicitario” (Revés de Almanaque, 1934. OC. II: 725).

²⁴ Cultura anémica, en Ideas sobre Pío Baroja, 1916. OC. II: 89.

²⁵ Cultura y Ciencia, Misión de la Universidad, 1930. OC. IV: 341.

²⁶ Paisaje utilitario, paisaje deportivo, op. cit

²⁷ La vida en torno. Muerte y resurrección, 1917. OC. II: 153.

²⁸ Dimensiones del valor, Introducción a una estimativa, ¿Qué son los valores?, 1923. OC.VI: 334.

²⁹ Cuadernos de viaje. ¡Se van, se van!, 1915. OC. I: 407-409.

siglo XIX la “interpretación económica de la historia” que Marx alumbrara al estilo del mito de la caverna platónica, haciendo ver a la sociedad de su tiempo la centralidad de lo económico en la marcha del mundo³⁰.

En Marx, el utilitarismo se concreta en la posesión de los medios de producción (y tráfico), que constituyen el gran motor (o “rueda” como afirma Ortega) de la historia. A partir de esta relación Marx desarrolla una idea ya presente en la obra de Hegel (que, sin embargo, no habría llegado a emplear): la obtención de regularidades (o leyes) a partir de la observación de los fenómenos históricos. Así, la economía, y en particular los medios de producción, serían el “alguien de la historia” del que emanan las demás realidades, todas ellas históricas.³¹

Residiría aquí para Ortega el principal error o exceso marxista, lo que el filósofo madrileño califica de “economismo”: haber hecho de la condición económica de cada uno, o de cada clase social, la base de sus ideas, o como él mismo señala, el “dime qué comes y te diré qué piensas”³². La crítica orteguiana incide en que, para Marx, las ideas serían meras proyecciones de la realidad económica. Al respecto, citando su *Contribución a la crítica de la Economía Política* (1859), encuentra en el materialismo marxista una vuelta de tuerca al idealismo, por cuanto no son las ideas las que interpretan la realidad, sino esa misma realidad la que determina la forma de pensar (la mentalidad) de los hombres. Pero al proceder de este modo, Marx está negando la libertad de los individuos para opinar sobre la propia realidad. La determinación económica que nutre la interpretación individual o grupal engendra una ideología que, como afirma Ortega, es una falsificación de la verdad³³.

Ortega remonta el camino emprendido por Marx al racionalismo del siglo XIX, según el cual los modos de pensar o las creencias responden en definitiva a intereses concretos de individuos concretos, que se disfrazan bajo el manto de la ideología. El inconveniente, sostiene el filósofo madrileño, es que Marx hace de una tendencia innegable, la de que las ideas vengan influidas por los intereses, una filosofía, una metafísica falsa, que aspira a ser una verdad pura. Cuando el propio Marx sería un ejemplo vital de “hombres que pugnan por liberar su ideación de su estado económico y que a veces lo consiguen”³⁴.

Pero la economía solo es un factor de la ecuación en Marx, el otro es la historia. La ideología del racionalismo del siglo XVIII y su “verdad esquemática” encuentra un continuo en el “esquematismo algo pedante” de Marx. Un esquematismo que Marx y el marxismo aplican a uno de los conceptos básicos del pensamiento orteguiano: la historia. Ortega encuadra al marxismo junto al liberalismo progresista y al darwinismo como “castas de pensadores” que solidifican la historia en estructuras idénticas³⁵;

el marxismo a través de los hechos económicos, más concretamente a través de los medios de producción³⁶.

Y si bien Ortega reconoce la fuerza de esa realidad desde el siglo XIX, se esfuerza en distintos momentos en desmentir que haya sido la economía el motor dominante de la historia. Así, por ejemplo, se remonta a Aristóteles y su *Política* para determinar como contrapunto a la interpretación económica de la historia la interpretación bélica, donde los “instrumentos de destrucción” y no los de producción serían los determinantes³⁷. En un texto algo posterior recalca la mayor influencia de la guerra en todo mundo previo al siglo XVIII³⁸. Precisamente, Ortega sitúa el cambio conceptual en Inglaterra desde el momento en que las grandes compañías comerciales protagonizan la expansión colonial del dieciocho. El comercio y la industria rempazan a la guerra, de modo que la “empresa guerrera se transforma en empresa industrial”, sacando de la pobreza al feudalismo inglés. Citando a Werner Sombart, dicha transformación habría dado un gran impulso al capitalismo moderno³⁹.

No obstante, otros factores además de la guerra han tenido un peso relevante en la marcha de la historia, la religión de manera destacada. En este sentido, algunas de las reflexiones orteguianas recuerdan a la reformulación que la Escuela de Fráncfort hiciera del marxismo, alejándola del economicismo dogmático⁴⁰. Así, por ejemplo, Ortega y la Escuela de Fráncfort coinciden en señalar a Max Weber y sus escritos sobre la influencia de la religión en los procesos económicos. En el caso del filósofo madrileño, lo hace en clara oposición a la concepción de Marx. Por un lado, aclara que Weber “no es un historiador materialista que reduzca al proceso económico los destinos de un pueblo”. Por otro, su tesis de que “en la economía influye todo” supone “volver del revés la tesis marxista” de que “la economía influye en todo”.⁴¹ Precisamente, será esta tesis, la necesidad de considerar la influencia que sobre la economía tienen otras materias, la que conformará la base de la propuesta económica orteguiana.

4. La propuesta económica de Ortega

Hemos comenzado expresando la insatisfacción que Ortega mostraba hacia la situación petrificada de la ciencia económica, deudora del siglo XIX y el auge del positivismo. Hemos comprobado asimismo su crítica al utilitarismo de los últimos economistas clásicos y el economicismo o la interpretación económico-histórica del mundo presente en Marx. Ahora bien, ¿puede extraerse de la literatura de Ortega alguna propuesta que pueda indicar cierto alineamiento con grandes corrientes de pensamiento económico contemporáneas? El citado texto de 1948, el último en el que escribe sobre la ciencia

³⁰ La interpretación bélica de la historia, 1927. OC. II: 526.

³¹ Historia y espíritu, En el centenario de Hegel, 1940. OC. V: 416.

³² Sobre la volatilización de una fe, en Vives, 1940. OC. V: 499.

³³ Partidismo e ideología, en No ser hombre de partido, 1930. OC. IV: 82-83.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Respecto del liberalismo clásico una ruptura básica en Marx sería el concepto de libertad que, en palabras de Ortega, constituiría para el alemán un “abstracto”, sobre el que

triumfaría la realidad histórica concreta (La reforma liberal, 1908. OC. X: 36-37).

³⁶ El horizonte histórico, en Las Atlántidas, 1924. OC. III: 308

³⁷ La interpretación bélica de la historia, op. cit. OC. II. 528.

³⁸ Kant. Reflexiones de un centenario (1724-1924), 1929. OC. IV.

³⁹ La ausencia de los “mejores” en España invertebrada, 1921. OC. II.I: 121.

⁴⁰ Herzog y Hernández i Dobón, 2018, pp. 53-54.

⁴¹ Sobre la muerte de Roma, 1927. OC. II: 540.

económica, nos ofrece una pista importante: la necesidad de incorporar lo histórico en el corpus de la teoría. La afirmación orteguiana es clara en este sentido:

Se impone el ensayo de hacer efectivo su carácter de ciencia social, y como lo social es histórico, de volverla a fundir en el crisol de la historia para que de rígida se torne teoría fluida, dinámica, que acompaña al hombre en sus inevitables mudanzas sin perder por ello su misión normativa, es decir, descubrirnos qué es lo económico en cada situación económica⁴².

Por lo tanto, si nos atenemos a esta consideración, una de las contadas que Ortega hizo sobre la Economía como disciplina, su visión se aproximaría a la de la Escuela Histórica Alemana de la segunda mitad del siglo XIX. Este encuadramiento intelectual no resultaría ajeno a la propia biografía del filósofo, muy conectada con la influencia de dicha escuela en la Alemania que visitara de joven. Con todo, es preciso indagar en su pensamiento para evaluar su grado de afinidad al historicismo alemán en el campo de la economía.

Para ello es preciso partir de la secuencia de acontecimientos que, relata Ortega, se suceden en el campo de la ciencia de su tiempo. Desde el siglo XVIII, las ciencias puras y biológicas habían impuesto la ley de su metodología, clara y eficiente, reforzadas en la última parte del siglo XIX por el positivismo. Sin embargo, las humanidades (como prefiere denominar Ortega a esas ciencias no naturalistas), entre las que el filósofo madrileño cita expresamente la economía política, no se adaptaban bien al conocimiento exacto y con “consecuencias directa y claramente útiles” de aquellas. Todo lo cual cuestionó el carácter científico de las “disciplinas humanistas”⁴³.

En un texto de 1932 recordando al ya citado Max Scheler, Ortega expone con claridad el proceso de auge del positivismo y la reacción contraria que suscitó. En las décadas finales del siglo XIX el hombre positivista fija su atención en la “frecuencia de relaciones entre los hechos”, para seguidamente “formular «leyes» científicas”, y a partir de ahí “hacer previsiones” y “construir máquinas en vista de ellas”. Y como correlato de este proceso, del “utilismo”, “Europa se enriqueció; el mundo, vacío de sentido, se llenó de máquinas, se hizo cómodo.” Si de por sí, estas afirmaciones ya parecen remitir al campo de la economía, el propio filósofo madrileño califica toda esta abundancia como “el plato de lentejas de la técnica, de la economía, del dominio sobre la materia.” Y por si se pudiese pensar que no está haciendo referencia tanto a la disciplina científica como a la economía como actividad, concluye que las filosofías que se opusieron al positivismo (el neokantismo, el neohegelianismo) vieron que “la ciencia misma era un hecho inexplicable, un caos de puros hechos; (...) un contrasentido”⁴⁴.

Un año después, Ortega abunda en la idea en un extenso ensayo dedicado a Wilhelm Dilthey que aparece publicado en *Revista de Occidente*. Relata el triunfo de la física como el “saber-modelo” científico desde el siglo XVIII, como el “prototipo de la verdad”. Este estatus en el ámbito del conocimiento hace que su dominio se extienda más allá de las ciencias naturales. En lo que puede concernir a la ciencia económica, Ortega ve una relación fuerte entre el carácter práctico de la física (“su utilidad práctica para el dominio sobre la materia”), el hombre burgués y sus intereses materiales, el industrialismo, la máquina, y la economía (entre las “técnicas útiles de la vida” que cita Ortega)⁴⁵. Y, por tanto, como miembro de las ciencias morales, la disciplina se había de atener a las dos posibilidades que plantea Ortega para todas ellas: “(o) se constituyen como un caso de la razón física, o habrá que dar un fundamento propio a esas ciencias, elevándolas a razón histórica.” En el primer caso, la referencia al positivismo inglés, y a John Stuart Mill es constante. Ortega ve en Stuart Mill la cabeza del positivismo reinante, no sólo en Inglaterra, sino en el conjunto de Europa en torno a 1860.

4.1. John Stuart Mill y el método científico en Ortega

Las diversas menciones orteguianas a Stuart Mill con relación al positivismo hay que entenderlas fundamentalmente desde el ámbito filosófico general, y epistemológico en particular. Abstracción, psicologismo, sensualismo son atribuciones recurrentes que Ortega hace del filósofo y pensador económico del siglo XIX. Como resultado y meta de estos procesos, el positivismo formula leyes naturales a partir de la invariabilidad de los fenómenos observables que, como tal, convierten dichas leyes en igualmente invariables. Pero estas leyes dependen a su vez de una estructura de pensamiento, de unas leyes lógicas que, como dice el propio Mill, son “necesidades inherentes del pensamiento”, “una parte original de nuestra situación mental”, lo que Ortega califica como “psicologismo”⁴⁶.

Y es aquí donde Ortega deriva de la crítica a Stuart Mill una conclusión que pone en duda la posibilidad de que el conocimiento filosófico, y por ende el de las ciencias morales, puedan tener a la física como referente de fondo. En el método inductivo de Mill, la observación de los fenómenos en la realidad se combina con el axioma de la uniformidad de la Naturaleza, al que Ortega corona con un interrogante entre paréntesis, haciendo depender el “valor cognoscitivo” de un objeto físico de la validez de dicho axioma⁴⁷. Casi tres décadas más tarde, Ortega abunda en esta idea, volviendo a citar a Mill: el axioma de la invariabilidad de los fenómenos observables, esto es de la naturaleza, no es sino una hipótesis formulada, “inventada en una cierta fecha, y que, como todo lo humano, transcurrirá, pasará, fenecerá...” Por lo tanto, los conceptos de las cien-

⁴² Propósito e invitación, op. cit. OC. VII: 19.

⁴³ Prólogo a “Introducción a las Ciencias del Espíritu” por Wilhelm Dilthey, 1956 (1946). OC. VII: 64.

⁴⁴ Max Scheler, un embriagado en esencias (1874-1928), en Goethe desde dentro, 1932. OC. IV: 509.

⁴⁵ Imperialismo de la Física, ¿Por qué se vuelve a la Filosofía?, 1930. OC. IV: 95.

⁴⁶ Investigaciones Psicológicas, Lección XI. 1982 (1915). OC. XII: 420.

⁴⁷ Sobre el concepto de sensación, III, 1913. OC. I: 251.

cias naturales no pueden tomarse como la realidad, sino como hipótesis sobre la realidad. Así pues, la física no es conocimiento de la realidad, sino una hipótesis práctica, una técnica para aplicarla a aquella. Dado que el hombre es “un ente que es constitutivamente, radicalmente, *movilidad y cambio* (la cursiva es del propio Ortega)”, no es en los laboratorios científicos, en la razón pura, donde se la va a conocer, sino en la historia, modo de ser de un ente “radicalmente variable”. Y como conclusión Ortega sentencia: ¡Ha empezado la hora de las ciencias históricas!⁴⁸ Conclusión que, por otra parte, ya había aplicado al conocimiento de las ciencias humanas en el mencionado texto sobre Dilthey: vedado el camino para llegar directamente a una verdad absoluta en dichas ciencias, no quedaría otra vía “que el estudio histórico de lo que han sido hasta aquí las ideas humanas sobre esos temas”.

¿Qué resonancias podemos hallar en la opinión que Ortega exhibe sobre Stuart Mill? Por un lado, no oculta seguir los pasos de Husserl al criticar el psicologismo de Mill, pues incluso cita al pensador inglés a través de textos del padre de la fenomenología⁴⁹. Sin embargo, la postura del filósofo madrileño también puede ser deudora de la opinión de la Escuela Histórica Alemana. No es fácil averiguar este extremo por cuanto los historicistas alemanes mencionados por Ortega, Max Weber y Werner Sombart, pertenecen a la etapa postrera de la escuela, y no destacan por haber criticado a Mill. Fueron los miembros originales de la escuela los que dedicaron más esfuerzos a rebatir al filósofo inglés, pero ninguno de ellos (Roscher, Knies, Hildebrand, Roesler) aparece citado una sola vez en toda la obra orteguiana. Sí aparece citado en una ocasión el miembro más conocido de la escuela, Gustav von Schmoller, durante una de las estancias de juventud del filósofo en Alemania. Sin embargo, la referencia al “ilustre profesor berlinés” versa sobre la discusión acerca de cuál debía ser la postura legislativa frente a los cárteles empresariales⁵⁰.

Las críticas historicistas alemanas a Stuart Mill son epistemológicas y políticas. Desde el primer campo, la cuestión central es haber desdeñado la influencia de la historia, promoviendo la existencia de leyes abstractas universales. Desde el segundo, la defensa del sistema del *laissez faire* como piedra angular del modelo económico. En especial, Hermann Roesler es el pensador germano que atribuye de manera más enfática estos dos aspectos a Mill, llegando a afirmar que la conceptualización del inglés procede en parte del manchesterismo, convirtiendo al cuerpo social en una máquina que trabaja según una ley natural⁵¹. Extremos todos que aparecen al menos una vez unidos en la obra de Ortega, en una cita de 1912: “La no intervención era un principio abstracto sugerido por los libros de Economía al gusto manchesteriano”.⁵² Claro que Ortega no aclara qué libros eran esos, y si entre ellos se hallaba alguno de John Stuart Mill, pero resulta cuan-

do menos significativo que coincida con una de las principales críticas historicistas al pensamiento económico clásico.

En general, Ortega comparte con la Escuela Histórica Alemana un tono generalmente crítico (en contadas ocasiones laudatorio) con Stuart Mill, que es más intenso cuando critica su psicologismo, si bien en su caso se podría identificar con el excesivo énfasis sensualista, mientras en historicistas como Schmoller es el reduccionismo a un único motivo (el afán de riqueza) la discrepancia básica con Mill. Ahora bien, estas semejanzas nos llevan a cuestionarnos en qué medida el pensamiento orteguiano podría situarse próximo o no a los planteamientos del historicismo económico alemán.

4.2. Aproximaciones orteguianas a la Escuela Histórica Alemana

Sin contar con más afirmaciones acerca de cuál debía ser el modo de aproximarse a la realidad en la ciencia económica que la citada al principio de este capítulo, resulta complejo definir un corpus económico teórico claro en la obra de Ortega. Ello nos aboca a operar indirectamente en busca de indicios suficientes para catalogar el pensamiento orteguiano dentro de una corriente económica.

Comenzando por el método científico, ya describíamos anteriormente el diagnóstico que hacía Ortega de la situación de las ciencias humanas a finales del siglo XIX, muy influidas por el modelo de la física. Al respecto, su posicionamiento es claro: el modelo de las ciencias naturales ha fracasado a la hora de aplicarse a los asuntos humanos, porque lo “humano se escapa a la razón físico-matemática como el agua por una canastilla”. Y dado que la razón física no puede ofrecernos un conocimiento claro sobre el hombre, se abre la puerta para la razón vital e histórica⁵³. A diferencia de la física, que sólo busca explicar los fenómenos, la historia trata de entenderlos, de encontrar un sentido, que es precisamente lo que caracteriza, según Ortega, al hecho humano.⁵⁴

Ortega entiende que la física se constituye en pura métrica, en métodos que no buscan comprender, que se conforman sólo con conocer. Métodos que, sostiene, predeterminan la relación del sujeto con los objetos que busca conocer, mecanizando así su labor. La Historia, en cambio, poseyendo sus métodos, no se reduce a ellos. Para Ortega, el conocimiento histórico ha de ir más allá de los datos, huir de la mecanización del conocimiento, para poder cumplir su pretensión de dar cuenta de la realidad histórica, para ser una verdadera ciencia.⁵⁵

Todos estos planteamientos aproximarían el discurso orteguiano a la reivindicación de la historia que hace la escuela alemana del siglo XIX. En este sentido, es preciso recordar la importancia dada por el fundador de la escuela, Wilhelm Roscher, al método científico, el cual tendría mucha más importancia que ningún descubrimiento. Y en este sentido, Roscher considera que, si la política económica

⁴⁸ La Razón Histórica, V, 1940. OC I: 251.

⁴⁹ Investigaciones Psicológicas, Lección XI. Op. cit.

⁵⁰ Notas de Alemania. Babel, Bibel y Bebel. *El Imparcial*, 27 de octubre de 1905. OC2. I:41-43.

⁵¹ P. Gillig, Philippe, 2016: 14-16.

⁵² Miscelánea socialista II, 1912. OC. X: 202.

⁵³ Historia como sistema, V, 1940. OC. VI: 24.

⁵⁴ El horizonte histórico. Op. cit. OC. III: 310.

⁵⁵ La “Filosofía de la Historia” de Hegel y la Historiología, 1928. OC. IV: 533.

persigue representar lo que la gente piensa, quiere y siente en términos económicos, sólo será posible en una alianza con otras ciencias que aborden la vida de la gente, en especial la historia legal, estatal y cultural.⁵⁶ Ahora bien, es preciso tener en cuenta que el historicismo económico alemán afrontó diversas etapas, dentro de las cuales el citado Roscher formaría parte de la vieja escuela, deudora en origen del historicismo germano en el ámbito de la jurisprudencia, algunos de cuyos miembros más destacados, tales como Savigny o Eichhorn, sí mencionan el propio Ortega.

A tenor de las opiniones que exhibe sobre el historicismo, el filósofo madrileño lo observa como una de las sendas incompletas hacia el conocimiento del siglo XIX. Las diferencias respecto del historicismo original se hallan en diversos momentos de la producción orteguiana. En 1911 su crítica se centra en el particularismo que olvida “la unidad superior que pone a éstas (las historias particulares) un orden, un sentido y una valoración.” Dicha crítica se mantiene casi dos décadas más tarde, cuando une historicismo y positivismo en su afán relativista, “que se desentienden de todo valor eterno”. Pero es sin duda en su texto dedicado a Dilthey donde Ortega hace una exposición más clara de sus diferencias con la escuela histórica de pensamiento. Citando precisamente a Savigny afirma que la “escuela histórica” no añadió principio alguno al pensamiento dieciochesco, sino que más bien le restó algo, “*la raison*”. Dicha escuela tomó posesión de “todas las ciencias propiamente humanas” (entre las cuales no incluye esta vez a la Economía), fabricando los instrumentos formales con los que afrontar la realidad. Pero, citando a Dilthey, el historicismo no llega a un conocimiento profundo de la misma, que se pueda precisar en conceptos claros y fórmulas. Tanto es así, que Ortega califica a la escuela histórica de “folklorismo”, “anticuarismo” o “positivismo aplicado a los hechos históricos”, rematando que “no es de verdad historia”⁵⁷.

Es justo esta insuficiencia de la “escuela histórica” (el entrecomillado es del propio Ortega) la que abre camino a Dilthey para aplicar a las ciencias morales la razón histórica. Ahora bien, en el ámbito de la economía es un miembro de la joven escuela alemana, Werner Sombart, el más próximo al concepto de historia de Dilthey. Sombart concibe una ciencia económica como una ciencia del espíritu. Su planteamiento entronca con la visión genérica de Ortega, pues Sombart comparte que no bastan los métodos formales (las fuentes históricas) para apresar la realidad, sino que es preciso elaborar teorías, conceptos, que descubran las hondas conexiones existentes entre los fenómenos. Es esta una diferencia marcada entre Sombart y buena parte del historicismo alemán previo, que había olvidado la teoría en pos de la historia⁵⁸. En cuanto a Ortega, recordemos que en el párrafo que reproducíamos al inicio de este epígrafe, aclaraba que toda la contribución de la historia al conocimiento económico

debía hacerse sin perder la “misión normativa, es decir, descubrirnos qué es lo económico en cada situación económica”, esto es, lo permanente en cada coyuntura particular. Y que ese “lo económico” responde en Ortega precisamente a la diferenciación entre concepto teórico y realidad histórica concreta de Sombart, se puede rastrear en algún otro texto donde, al hablar de la concepción utilista del pensamiento inglés, afirma que “lo económico es indiferente aquí o allá”⁵⁹.

La propia concepción de sistema económico de Sombart contiene elementos muy afines al pensamiento de Ortega, en especial el espíritu que anima a los hombres que, junto a la técnica y la ordenación o forma, determina los asuntos económicos. Asimismo, su concepto de “estilo económico” compuesto por una historia económica, que capta los fenómenos de la realidad en su concreción, y no de manera abstracta como la teoría pura, recuerda las palabras de Ortega: “Yo entenderé, por tanto, siempre abstracto como lo opuesto a lo concreto; por nombre abstracto el nombre de atributo; por nombre concreto el nombre de un objeto”⁶⁰. O cuando, hablando del *Manifiesto comunista*, sostiene que la realidad se ha vengado de la “irreal geometría de Marx”, del mismo modo que “todo intento que se haga por suplantar lo vivo y concreto por lo pensado y abstracto”⁶¹. Ya en su juventud, la contraposición entre lo abstracto y lo concreto le sirve a Ortega para diferenciar el método científico del artístico: “si llamamos al científico método de abstracción y generalización, llamaremos al del arte método de individualización y concretación”⁶².

Todas estas conexiones entre la parte final de la Escuela Histórica Alemana y Ortega parten obviamente de una insuficiencia, la falta de referencias a ella en el campo de la Economía. Sin embargo, dadas las conexiones establecidas por Ortega con el país germano, al que viajó dos veces en su juventud, podemos entender su aproximación general al fenómeno del historicismo, y a partir de ahí comprender mejor su afinidad con los postulados económicos. Ya se ha mencionado la relevancia que Ortega concede a Dilthey en el empleo de la razón histórica, y como esto le aproxima al concepto económico de Sombart. Ortega no llegó a Dilthey de manera directa en sus primeras estancias en Alemania, sino a través de la filosofía de Georg Simmel que fue profesor suyo en 1906. Simmel hace compatible dos elementos con gran impronta en la obra orteguiana: cultura y vida⁶³. O cómo hacer compatible aquello que cambia (la vida que es continuo devenir) con lo que permanece (el ser fijo).

Pero la influencia alemana no proviene sólo de sus estancias en aquel país, sino también de referencias a otros intelectuales españoles que pasaron por Alemania en fechas similares a las de Ortega.

⁵⁶ Roscher, 1843 cit. en Goldschmidt, Nils et al., 2020: 115.

⁵⁷ La escuela histórica, en Guillermo Dilthey y la idea de la vida, 1942. OC. VI: 182.

⁵⁸ Rubio, A, 1941: 490,498.

⁵⁹ Fenomenología de la Guerra, en El Genio de la Guerra y la Guerra Alemana, 1917. OC. II: 198.

⁶⁰ Abstracto, en Para un Diccionario Filosófico, 1913. OC. XII: 467.

⁶¹ A todos los trabajadores. La torpe táctica obrera, 1920. OC. X: 651.

⁶² Adán en el Paraíso, 1910. OC. I: 483.

⁶³ Zamora, 2002: 53.

4.3. Flores de Lemus y Max Weber

No abundan los economistas contemporáneos al pensador madrileño nombrados en su obra, más allá de aquellos que ocuparon puestos ministeriales. Teniendo en cuenta, no sólo la influencia, sino incluso la relación que Ortega tuvo con dos generaciones de economistas españoles de su tiempo, esta insuficiencia es cuando menos llamativa⁶⁴. Una excepción, quizá única, es Antonio Flores de Lemus, quien, junto a sus labores políticas, desarrolló una importante labor investigadora en el campo de la historia económica española. Y lo relevante aquí es que Ortega afirma de él que “es un economista tratado de igual a igual –según me consta– por los maestros alemanes”⁶⁵. ¿A quién considera Ortega maestros alemanes? Dada la conexión que tendría con distintos economistas alemanes a lo largo del primer tercio del siglo, la fecha resulta un dato determinante⁶⁶. Para dar una respuesta a esta cuestión no resuelta por el filósofo, mejor indagar en la vida del economista jienense.

Flores viajó a Alemania en 1900 para completar su formación, primero en la Universidad de Tubinga y después en la de Berlín. Allí trabajó con dos de los principales representantes de la joven escuela historicista, Gustav Schmoller y Adolf Wagner. Tal y como afirma Juan Velarde, Flores llega a un Berlín en el epílogo del famoso debate del método (*Methodenstreit*) entre el economista austriaco Carl Menger y el citado Schmoller, y las críticas que Max Weber ha ido vertiendo frente a los dos más insignes representantes de la vieja escuela historicista, Roscher y Knies. En este sentido, las tendencias que Flores de Lemus recoge en su estancia en Alemania son más bien neohistoricistas, donde no solo Weber, sino también Sombart, que acaba de publicar *El moderno capitalismo* son protagonistas destacados. Y en su regreso a España es precisamente esta “postrer línea del historicismo” la que trata de expandir⁶⁷.

Por lo tanto, si nos atenemos a la biografía de Flores, esos maestros serían Schmoller, del que se convertiría en el mayor representante intelectual en España, y los últimos miembros de la Escuela Histórica Alemana, Wagner, Weber y Sombart. De todos esos nombres, además del caso de Sombart, ya descrito, fue Max Weber aquel cuyas ideas corrieron más en paralelo con las de Ortega. Otro economista español de la primera mitad del siglo XX, y discípulo de Ortega, Valentín Andrés Álvarez, así lo deja entrever en su discurso de entrada en diciembre de 1952 en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Allí, Álvarez parte de la definición orteguiana de vida social para cuestionar el encaje de la Economía como ciencia teórica racional en el

estudio de una realidad cambiante y mediada por los sucesos históricos. Y es justo en la herramienta de los tipos ideales (*Idealtypus*) weberianos donde el economista encuentra solución a una ciencia que sea a la vez, un conocimiento racional, abstracto, y a la vez histórico⁶⁸.

Tanto el reconocimiento de que la economía es una ciencia humana, que trata de dar cuenta del ser humano por oposición a construcciones irreales y abstractas del mismo, como la consideración de la economía como ciencia política, esto es, como opuesta a reclamar una validez universal de sus postulados, encajan en el pensamiento orteguiano. Ahora bien, tanto en la crítica que Max Weber hace de los postulados metodológicos del viejo historicismo alemán, como del más joven Schmoller, se hallan diferencias que permiten alinear a Ortega con una u otra corriente dentro de la Escuela Histórica Alemana. Por un lado, se aparta del psicologismo, en especial de Schmoller, como base de las ciencias sociales. Por otro, Weber no limita la actividad humana al ámbito económico, sino que trata de entender los procesos económicos y sociales desde la óptica de su significado cultural⁶⁹.

Ya se ha mencionado, al analizar a Stuart Mill, la crítica que Ortega hace al psicologismo. A ella habría que añadir aquellas en las que lo liga directamente como un vicio en el tratamiento de la historia. En concreto, en el epílogo de *La rebelión de las masas*, argumentando sobre el “carácter nacional” de los ingleses, afirma: “Es preciso extirpar de la historia el psicologismo, que ha sido ya espantado de otros conocimientos.”⁷⁰ Y pocos años más tarde abunda en ello: “La historia no es, pues, primordialmente psicología de los hombres”, por lo que insiste en que es “preciso que la historia abandone el psicologismo o subjetivismo en que sus más finas producciones actuales andan perdidas y reconozca que su misión es reconstruir las condiciones objetivas en que los individuos, los sujetos humanos han estado sumergidos.”⁷¹

Respecto de la interacción entre elementos culturales, y de otro ámbito como el religioso con los fenómenos económicos, Ortega enfatiza la conclusión weberiana de que el fracaso económico del Imperio romano se debió a que Roma “fue como fue”, primando dentro de su idiosincrasia el factor religioso. Y es que “la religión contribuye a regir el proceso económico”, de modo que “una raza budista usará *ceteris paribus* diferente economía que el pueblo israelita.”⁷²

Un tercer elemento que aproxima la filosofía de Ortega y el pensamiento económico de Max Weber es la relación entre hechos históricos y teoría, que ya hemos visto también acercaba los planteamientos orteguianos a los de Sombart. El famoso *Debate*

⁶⁴ García Delgado y Jiménez Jiménez citan entre la primera generación a Luis de Olariaga, amigo personal del filósofo, junto a Ramón Carande, Germán Bernácer, Olegario Fernández Baños y Agustín Viñuales. En una segunda generación (la del 27) aparecerían los nombres de Valentín Andrés Álvarez, Manuel de Torres y José Castañeda (2001: 20-21).

⁶⁵ Glosas a un discurso, 1908. OC. X: 85.

⁶⁶ A través del economista Luis Olariaga la llamada Escuela de Friburgo no sólo leería a Ortega, sino que alguno de sus mayores representantes (Röpke, Eucken) lo citarían incluso durante los años treinta (Pulido, 2016: 49).

⁶⁷ Velarde, Juan, 1999, 1999b y 1999c.

⁶⁸ Andrés Álvarez, 2007: 225-227. El mismo autor expone en un artículo de 1956 cómo la historia es teoría (lo racional apolíneo) cuando se ocupa de los grandes ciclos históricos, y se aleja de ella (lo dionisiaco) cuando desciende a las realidades de carácter micro (2007b)

⁶⁹ Goldschmidt et al., op. cit.

⁷⁰ Epílogo para ingleses, en *La rebelión de las masas*, 1930. OC. IV: 282.

⁷¹ La estructura de la vida, sustancia de la historia, En torno a Galileo, 1933. OC. V: 27.

⁷² Sobre la muerte de Roma, op. cit. OC. II: 540.

del Método había llevado al primer plano la dificultad del historicismo para lograr su doble objetivo: hacer de la investigación histórica una ciencia, y que dicha ciencia divergiera de las ciencias naturales. Weber trató de resolver estas dificultades mediante una metodología que integrase la historia y la teoría, siguiendo el pensamiento neokantiano de la Escuela de Baden, que planteaba la posibilidad de una ciencia histórica en oposición epistemológica a las ciencias naturales. En este sentido, su metodología, basada en el principio del *Verstehen* (la interpretación de la acción humana), trataba de dar cuenta de las complejidades de la realidad histórica, sin extraer de ella mecanismos causales que pudieran explicar aquella. Para ello establece sus tipos ideales, conceptos teóricos empleados en el estudio de la historia económica, de modo que sea posible una interpretación cultural de los sistemas económicos y, a la vez, un análisis teórico causal de los fenómenos. Estos tipos ideales aparecen no como fines en sí mismos, sino como medios, necesarios para que el historiador vaya más allá del establecimiento de relaciones concretas entre los fenómenos culturales, y sea capaz de desentrañar su significado⁷³.

Todo intento weberiano de ir más allá de los meros hechos que proponía el historicismo como fuente de conocimiento económico se puede rastrear en el último Ortega cuando reflexiona sobre la situación de la filosofía, la ciencia y la historia desde finales del siglo XIX. En el citado prólogo a una obra de Dilthey su conclusión (aunque inacabada) es clara al respecto. El historicismo ha logrado crear disciplinas científicas a partir de la historia, pero con la insuficiencia de que “su resultado científico se reduce a obtener datos estrictos.” Pero “los hechos no son nunca ciencia, sino empiria.” Y ya que “la ciencia es teoría”, hay que “lograr que los hechos dejen de ser simples hechos, encerrados cada uno dentro de sí mismo, aislado de los demás”. En definitiva: “La ciencia es el descubrimiento de conexiones entre los hechos. En la conexión el hecho desaparece como puro hecho y se transforma en miembro de un «sentido». Entonces se le entiende. El «sentido» es la materia inteligible.”⁷⁴

Por lo tanto, sea esto aplicable o no a la economía política, como “ciencias instrumentales históricas” (entre las cuales otra vez Ortega no cita a la Economía), el planteamiento orteguiano se aproxima al de Max Weber y toma distancia respecto de otros historicistas anteriores. Queda la duda de la medida en que Weber se apoya en los planteamientos neokantianos que trataron de distanciar las ciencias históricas de las naturales, personalizadas especialmente en la figura de Heinrich Rickert, dado que Ortega no muestra excesiva simpatía por este último. Sin embargo, y a este respecto, lo que el filósofo madrileño considera la distinción entre “Historia y ciencia de leyes, de «hechos generales»”, planteada “con penosa insistencia por Rickert” y que habría impedido inicialmente el progreso de la ciencia histórica, ha-

bría afectado en un primer momento a Max Weber, pero de la cual habría sabido “desasirse” posteriormente⁷⁵.

Las concomitancias que podemos hallar entre el pensamiento económico de Weber y del citado Sombart con planteamientos de fondo de la filosofía orteguiana nos conducen a una conclusión plausible. Por el momento histórico en el que Ortega tuvo un contacto más estrecho con las corrientes de pensamiento alemanas, es sin duda la última parte del historicismo con la que se podría sentir más identificado. Pero existe además un elemento adicional que nos lleva a pensar así: la vinculación entre economía y sociología, muy presente en los dos autores citados.

La parte final de la escuela histórica alemana ideó la sociología económica como un modo de solventar los problemas planteados por el debate del método, estableciendo un puente entre aquellos que abogaban por centrarse en los hechos y los que abogaban por centrarse en la teoría. El gran economista del siglo XX, Joseph A. Schumpeter, incluyó la sociología como uno de los componentes principales del análisis económico, junto a la historia económica, la estadística y la teoría económica⁷⁶.

En Ortega encontramos dos referencias muy explícitas acerca de la necesidad de que la ciencia económica incorpore a la sociología como pieza indispensable de su quehacer. Por un lado, en el citado texto de 1935 donde lamenta el estado presente de la disciplina económica, afirma: “la defectuosidad de la economía tradicional procede de que es una ciencia social particular, cuyos cimientos estarán al aire mientras no exista una ciencia fundamental sociológica.”⁷⁷ Por otro, trece años más tarde, insiste en la idea en el texto del que extractábamos una parte al inicio de este epígrafe sobre la propuesta económica de Ortega. La economía, “en su preámbulo dice de sí misma que es una ciencia social, pero al abrirla no encontramos por ninguna parte sus presuntas vísceras sociológicas. Las promete y se olvida de ellas.”⁷⁸

Esta conexión necesaria entre economía y sociología confirma la reivindicación que hace Ortega de la interdisciplinariedad en las ciencias. Cosa distinta, como él mismo recalca, es la situación de la sociología en el tiempo en el que escribe. Sus descalificaciones hacia la sociología y los sociólogos son reiteradas. De la primera afirma ya en 1910 que pasa por ser una “ciencia que no lo es”, y un cuarto de siglo más tarde continúa afirmando que “no existe una ciencia fundamental sociológica”, así como que “no está a la altura de los tiempos”. Para Ortega, la principal insuficiencia de la sociología es no haber aclarado qué es lo social y qué es la sociedad. En consonancia con esta idea, a los sociólogos les achaca no haber definido correctamente lo social, moviéndose entre el individualismo y el colectivismo, que para Ortega son ambas, sociologías erró-

⁷³ Kalkhan, E., 1999.

⁷⁴ Prólogo a “Introducción a las Ciencias del Espíritu” por Wilhem Dilthey, op. cit. OC. VII: 64. Para Valentín Andrés Álvarez, Ortega no admitía la teoría en la Historia, pero sí un sistema, “una clasificación ordenada de los hechos” (2007: 229)

⁷⁵ La “Filosofía de la Historia” de Hegel y la Historiología, op. cit. OC. IV: 534-535n.

⁷⁶ En su *Historia del Análisis Económico*, citado en Kalkhan, op. cit.

⁷⁷ Últimas reflexiones, Un rasgo de la vida alemana, 1935. OC. V: 206.

⁷⁸ Prospecto del Instituto de Humanidades, op. cit. OC. VII: 19.

neas. Además, la mayor parte de los sociólogos, quizá con la excepción notable de Simmel y de Rudolf von Ihering, no le convencen especialmente⁷⁹.

Respecto de Max Weber, Ortega le reconoce como un sociólogo (y economista) de altura, pero difiere respecto de su definición del fenómeno social. Mientras para Weber se trata de una relación entre individuos, de una convivencia, para Ortega la condición necesaria de lo interindividual no es suficiente para dar cuenta de lo social, por cuanto es preciso añadirle el sistema de usos, de costumbres, a los que se encuentra sometido el individuo; sistema que, dice Ortega, se va modificando con el tiempo⁸⁰. En definitiva, la circunstancia como elemento irrenunciable para superar el error de los sociólogos de identificar (relación) social con aquello que es sólo interindividual⁸¹.

En resumen, la propuesta orteguiana acerca de la ciencia económica recoge buena parte de la influencia alemana que él mismo recibió en su juventud, y son los autores de la parte final de la Escuela Histórica los que más se aproximan a su modo de ver y entender la Economía.

5. Conclusiones

A partir de menciones puntuales en su obra, se puede afirmar que Ortega y Gasset tuvo una posición concreta respecto del debate entre deducción e inducción, entre teoría e historia, fruto de un hecho que el propio Ortega cita expresamente: el cambio sustancial que la economía como ciencia experimentó en la segunda mitad del siglo XIX. Contrasta este posicionamiento con el olvido de los grandes protagonistas de dicho debate económico, marginalistas (todos) e historicistas (la mayoría), en su vasta producción intelectual. La razón se halla posiblemente en la interpretación que Ortega ofrece a dicho cambio en la disciplina.

Por un lado, Ortega piensa que la forma de economía se ve muy influida por todo el desarrollo económico que supone el siglo XIX y que convierte a la Economía de la ciencia lúgubre previa a 1850 en la ciencia de la abundancia y el progreso, cuya idea, no obstante, remonta al siglo XVIII. El industrialismo, el materialismo, la crematística, el gran avance de la técnica, de las máquinas, solidifican la teoría económica, extrayendo de la experiencia grandes leyes abstractas, universales e inmutables. Por otro, y en estrecha conexión con esto último, la economía, como otras ciencias sociales o humanidades, cae en las redes del positivismo imperante en el siglo XIX, siguiendo el modelo de las ciencias puras, tan complejamente aplicable a las ciencias humanas.

Ortega le reconoce al siglo XIX haber aupado lo económico al primer plano de relevancia en la vida de las naciones. Pero ello ha deparado consecuencias indeseadas desde el punto de vista intelectual. En primer lugar, ha convertido a la satisfacción de las necesidades más perentorias en la meta principal del quehacer humano. Y de ahí se extraen dos derivadas

poco satisfactorias: uno, el auge del utilitarismo (o utilismo) como una suerte de practicismo o pragmatismo a la hora de afrontar los asuntos vitales; otro, la aparición del homo economicus en consonancia con esta filosofía, un autómatas, que se rige según el grado de la satisfacción de sus necesidades.

La fuerza del ámbito económico en el mundo decimonónico trae otra consecuencia indeseada para Ortega, el “economismo”, esto es, entender que la sociedad, la cultura y la historia vienen y han venido determinados por los asuntos económicos. Aparte de que esta interpretación no se ajusta, según Ortega, a la realidad histórica, si exceptuamos la época contemporánea, dicho determinismo cuestiona la libertad de los individuos. El filósofo observa en esta interpretación, tanto como en la que extrae del libre funcionamiento de la economía solo parabienes para la sociedad, una aplicación de un mecanicismo teórico al que se opone.

El estado de las cosas descrito por la nueva economía choca con los planteamientos de fondo que él defiende. Y ello tanto en el campo particular de la economía como en el más amplio de la filosofía. En el primero, donde el siglo XIX habla de abundancia, Ortega prefiere el concepto de escasez como punto de partida, alineándose con el concepto de economía más en boga en el mundo de entreguerras⁸². Y en el plano estrictamente filosófico, donde economía y necesidad van de la mano, Ortega propone alternativamente la cultura y lo superfluo.

Respecto del camino emprendido por la ciencia económica, dos aspectos conectados se entremezclan en la crítica orteguiana. Por un lado, la Economía, como otras ciencias sociales, es víctima del estado del conocimiento tras las grandes revoluciones científicas de los últimos siglos. El liderazgo de las ciencias puras, sobre todo de la física y la matemática, habría impuesto su ley en todo el ámbito científico hasta finales del siglo XIX, relegando a la filosofía. En su ensayo publicado en 1930 *¿Por qué se vuelve a la Filosofía?* es donde expone con mayor claridad su pensamiento a este respecto. El modelo de la física triunfó en el siglo XIX porque conectó bien con el espíritu de los tiempos, la necesidad práctica de obtener resultados. Desde Comte al Pragmatismo norteamericano, Ortega relata la sustitución de la filosofía por el conocimiento científico práctico en pos de lograr una acción determinada, acción que es la que determina la verdad o falsedad de las cosas⁸³.

Todo este proceso es paralelo al vivido por la economía desde el último tercio del siglo XIX: una progresiva separación de su componente filosófico original que, en el mejor de los casos, quedó restringido a una filosofía de la ciencia. Ortega no hace referencia explícita a la disciplina económica y a su contagio por las ciencias naturales, que llegaría más allá de 1930⁸⁴. Simplemente, y como ya se apuntara

⁷⁹ González Galán, 2015: 360.

⁸⁰ Una vista sobre la situación del gerente o «manager» en la sociedad actual, 1954. OC. IX: 733-734.

⁸¹ Meditación del saludo, El hombre y la gente, 1935. OC. VII: 203.

⁸² Baste recordar que es en 1932 cuando Lionel Robbins formula la definición de la economía más comúnmente reproducida: ciencia que estudia la relación entre unos fines dados y unos bienes escasos, susceptibles de usos alternativos.

⁸³ Imperialismo de la Física, en *¿Por qué se vuelve a la Filosofía?*, 1930. OC. IV: 93 y ss.

⁸⁴ De hecho, el punto álgido de la influencia del positivismo lógico y la matematización en la Economía se produciría en la primera mitad de la década de 1930 durante el Coloquio

en el apartado inicial de la propuesta económica de Ortega, la alternativa a convertirse en un caso particular de aplicación de la física pasa por hacer de las humanidades ciencias históricas.

Y es aquí donde aparece el segundo elemento de la crítica orteguiana a la dinámica y situación de la ciencia en general, y de la económica en particular. Ortega considera la mutabilidad de los conceptos y las perspectivas científicas como una evidencia que refrenda la evolución histórica, alejándole tanto de la abstracción como del determinismo. Y si esto es aplicable inclusive a ciencias puras como la física, lo es todavía más a las que versan directamente sobre el ser humano. En este sentido, el camino equivocado de la ciencia económica parte de haber transitado por el camino de las ciencias naturales, deviniendo en una “sazón de pensamiento abstracto y formalista” cuya “rigidez geométrica” la ha petrificado. Para ser una ciencia de la vida, y no un fósil, Ortega plantea el camino diltheyano que sugiere para el conjunto de las ciencias humanas: la historia.

En el caso particular de la economía, además, ve no sólo la necesidad de potenciar su carácter histórico como ciencia social, sino de apoyarse también en el incipiente conocimiento sociológico.

Tal y como hemos comprobado, su discurso resuena al de la Escuela Histórica de economía, siendo la parte neohistoricista de Max Weber y Werner Sombart la que más se aproxima al pensamiento orteguiano en la materia. Bien es cierto que quizá, como en tantas otras cosas, Ortega añora un pasado que ya no existe. Porque lo que se deduce de sus palabras es que él no está pensando tanto en la economía del siglo XX, el análisis económico del que hablara Schumpeter, cuanto en la vieja economía política, esa disciplina propia de un pensamiento económico destinado a orientar las acciones normativas de los gobernantes⁸⁵. La economía, en definitiva, como un saber ligado a otros saberes, a la política a la que debía servir, y a la filosofía a la que debería seguir reverenciando como fuente de un conocimiento superior.

6. Referencias

- Andrés Álvarez, Valentín (2007), “Naturaleza, Sociedad y Economía”, *Revista Asturiana de Economía*, 39-40, pp. 215-239.
- Andrés Álvarez, Valentín (2007b), “Teoría e historia, o Apolo y Dioniso”, *Revista Asturiana de Economía*, 39-40, pp. 253-257.
- Casares, Javier (1995), *Una aproximación socioeconómica a la rebelión de las masas*, Madrid, DYKINSON.
- Elorza, Antonio (1984), *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Madrid, Anagrama, (Colección Argumentos)
- García Delgado, José Luis, y Jiménez Jiménez, Juan Carlos (2001), “La llamada de la racionalidad económica”, en Enrique Fuentes Quintana (dir.): *Economía y economistas españoles*, Vol. 6, pp. 7-40, Madrid, Galaxia Gutenberg.
- Gillig, Philippe (2016), “Why German historicists were wrong to put John Stuart through the Mill. *Working Papers of BETA*, 2016-43, Bureau d'Économie Théorique et Appliquée (BETA). <http://beta.u-strasbg.fr/WP/2016/2016-43.pdf>
- Goldschmidt, Nils; Kolev, Stefan; Störing, Matthias (2020), “Max Weber, Contextual Economics, and Schmollers Jahrbuch”, *Journal of Contextual Economics*, 140(2), 111-122. t: <https://hdl.handle.net/10419/292571>
- González y Galán, Fernando (2015), “José Ortega y Gasset y los orígenes de la Sociología en España”, en José Luis Mora, María del Carmen Lara, Elena Trapanese, Xavier Agenjo (eds.) *Filosofías del sur. Actas de las XI Jornadas Internacionales de la Asociación de Hispanismo Filosófico*, pp. 351-370.
- Herzog, Benno y Hernández i Dobón, Francisco (2018) “Marx en la Sociología”, *Arxius de Ciències Socials*, 38, pp. 5-8. DOI: <https://doi.org/10.7203/acs.38.29237>
- López Frías, Francisco (1992), “La recepción del utilitarismo en el mundo hispánico. El caso de Ortega y Gasset”, *Telos, Revista iberoamericana de estudios utilitaristas*, 1, 3, pp. 111-144.
- Monfort, Juan Manuel (2010), “Cultura e interculturalidad en Ortega y Gasset de la mera convivencia a la plenitud personal”, *Recerca*, 10, 163-191.
- Nasar, Sylvia (2011), *Grand Pursuit: The Story of Economic Genius*, Simon & Schuster.
- Ortega y Gasset, José (1983), *Obras completas*, (OC), doce volúmenes, Madrid, Alianza/Revista de Occidente.
- (2004-2010), *Obras completas*, (OC2), diez volúmenes, Madrid, Taurus/Fundación Ortega y Gasset.
 - (1905), “Notas de Alemania. Babel, Bibel y Bebel.” *El Imparcial*, 27 de octubre de 1905. OC2. Tomo I.
 - (1908), “La reforma liberal”, *Faro*, 23 de febrero. OC. Tomo X.
 - (1908), “Asamblea para el progreso de las ciencias”, *El Imparcial*, julio. OC. Tomo I.
 - (1908), “Glosas a un discurso”, *El Imparcial*, 11 de septiembre. OC. Tomo X.
 - (1910), *Adán en el Paraíso*, mayo-agosto de 1910. OC. Tomo I.
 - (1912), “Miscelánea socialista”, *El Imparcial*, 30 de septiembre. OC. Tomo X.
 - (1913), *Para un Diccionario Filosófico*. OC. Tomo XII.
 - (1913), “Sobre el concepto de sensación”, *Revista de Libros*, julio. OC. Tomo I.
 - (1915), “Cuadernos de viaje. ¡Se van, se van!”, *España*, 9 de septiembre. OC. Tomo I.
 - (1916), *Personas, obras, cosas*. OC. Tomo I.
 - (1916), “Ideas sobre Baroja”, *El Espectador I*. OC. Tomo II.
 - (1917), “La vida en torno. Muerte y resurrección”, *El Espectador II*. OC. Tomo II.

Matemático de Viena, con el legado de la modelización y formalización de la disciplina.

⁸⁵ Recordemos sin ir más lejos el consejo que Ortega le dio a Ramiro de Maeztu: “¿Por qué no se especializa usted en economía política?” (Zamora Bonilla, 2002: 107).

- (1917), "Ética y metafísica de la guerra." *El Espectador II*, OC. Tomo II.
 - (1917), "El Genio de la Guerra y la Guerra Alemana.", *El Espectador II*. OC. Tomo II.
 - (1920), "A todos los trabajadores, La torpe táctica obrera", *El Sol*, 30 mayo. OC. Tomo X.
 - (1921), "Ensayos Filosóficos (Biología y Pedagogía).", *El Espectador III*. OC. Tomo II.
 - (1921), España *invertebrada*. Madrid: Revista de Occidente. OC. Tomo III.
 - (1923), "Introducción a una estimativa", *Revista de Occidente IV*, octubre. OC. Tomo VI.
 - (1926), "Notas de vago estío", *El Espectador V*. OC. Tomo II.
 - (1927), "Sobre la muerte de Roma," *El Espectador VI*. OC. Tomo II.
 - (1927), "La interpretación bélica de la historia", *El Espectador VI*. OC. Tomo II.
 - (1928), La "Filosofía de la Historia" de Hegel y la Historiología. *Revista de Occidente*, 56, pp. 145-176. OC. Tomo IV.
 - (1929), *Kant. Reflexiones de un centenario (1724-1924)*. OC. Tomo IV.
 - (1930), "¿Por qué se vuelve a la Filosofía?", *La Nación*, 1930. OC. Tomo IV.
 - (1930), "Misión de la Universidad", *Revista de Occidente*. OC. Tomo IV.
 - (1930), "El error Berenguer", *El Sol*, 15 de noviembre. OC. Tomo XI.
 - (1930), "No ser hombre de partido", *La Nación*, 15 de mayo. OC. Tomo IV.
 - (1930), "El origen deportivo del Estado", *El Espectador VII*. OC. Tomo II.
 - (1931), *Historia y espíritu, En el centenario de Hegel*, Conferencia. OC. Tomo V.
 - (1932), *Goethe desde dentro*. OC. Tomo IV.
 - (1933), *En torno a Galileo*. Curso en la Universidad Central. OC. Tomo V.
 - (1934), "Revés de Almanaque", *El Espectador VIII*. OC. Tomo II.
 - (1935), "Últimas reflexiones, Un rasgo de la vida alemana", *La Nación*, 31 de marzo, OC. Tomo V.
 - (1935), "El hombre y la gente", *Revista de Occidente* (1957). OC. Tomo VII.
 - (1939), *Meditación del pueblo joven*. Conferencia en La Plata. OC. Tomo VIII.
 - (1940), "Vives", *La Nación*. OC. Tomo V.
 - (1940), *La Razón Histórica*. Buenos Aires. OC. Tomo XII.
 - (1948). *Prospecto del Instituto de Humanidades*, Instituto de Humanidades. OC. Tomo VI.
 - (1954). *Una vista sobre la situación del gerente o «manager» en la sociedad actual*, Conferencia en Torquay, octubre. OC. Tomo IX.
 - (1956) "Prólogo a la Introducción a las ciencias del espíritu por Wilhem Dilthey", *Revista de Occidente*. OC. Tomo VII.
 - (1982). *Investigaciones psicológicas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pulido, Manuel (2016) "Las ideas económicas de José Ortega y Gasset: una primera aproximación", *Revista de Investigación en Humanidades*, Universidad Francisco Marroquín, Guatemala, pp. 28-78.
- Velarde, Juan (1999). "El legado de Flores de Lemus", en *Economía y Economistas españoles*, Tomo VI, pp. 67-96.
- Velarde, Juan (1999b) "Antonio Flores de Lemus, una revisión veinte años después", en *Economía y Economistas españoles*, Tomo VI, pp. 97-153.
- Velarde, Juan (1999c) "Las cuatro escuelas de Flores de Lemus", en *Economía y Economistas españoles*, Tomo VI, 1999c, pp. 269-272.
- Zamora Bonilla, Javier (2002) *Ortega y Gasset*, Madrid: Plaza & Janes